

JOSÉ LUIS VEGA

POEMAS

PALABRAS SON PALABRAS

A María Vaquero

Un poema es una plaza blanca poblada de palomas.
Una plaza cualquiera, con tal de que haya gente
que les dé de comer. ¿Recuerdas las sílabas antiguas
sobrevolando el aire de Zocodover? ¿O aquellas
que en la Mayor de Salamanca al frío
corrían a guardarse bajo los soportales?
¿Recuerdas las torcaces de Asturias
y las que en Cuba el viento echó de vuelta al viento?
¿Y el dorado cantón de San Millán
que abrigó los sonidos cuando apenas
si cañones tenían en las alas?
¿Las plazas de la Isla, las recuerdas,
una plaza ella misma sobre el inquieto mar
de las pronunciaciones? ¿Y el mar muerto del Zócalo
con millones de voces envueltas en sarapes de smog?
Así son las ubicuas picoterías.
En San José comieron de tus manos
en el patio vetusto de un hotel; en Managua

se asaron en sus jugos de pobreza; en la Plaza de Mayo,
fricativas, volaron de las bocas de las Madres
rumbo a los mármoles de La Recoleta.
Y en Asunción, con otras también dulces,
se juntaron volando con las tuyas.
Palabras son palabras, afirmaste,
pero ellas te contaron de sus marinerías
hasta colmar el yodo de tu copa
y dejaron oscuro en tu despacho
el enigma perpetuo del zureo.
A por ellas te fuiste en los aviones,
en lanchas, en tartanas, en camiones
repletos de verduras hasta el mar otra vez.
Hoy son ellas que vienen a tu nombre
como al lugar de las conversaciones.
Helas aquí en bandadas, las mansas, las ariscas,
las prohibidas, las nuevas y las viejas, las sabias,
las eméritas palabras: plazuela, placita, placeta,
placentuela, pleamar, plaza, poesía,
que las contiene a todas, y tú al centro,
echándoles maíz, panizo, mijo,
zara, capi, abatí, canguil, zahina,
echándoles al viento las doradas semillas del idioma.

ALEGORÍA DE LA MUJER DE LOS HOTELES SOLOS

Cierro los ojos y apareces
en la luz de la oscuridad.
Serás amor o serás muerte
o cualquier cosa que dirán,
pero en las noches de los hoteles
entras desnuda sin llamar.
Ni las metáforas te nombran,
aunque Marea tal vez te va.
Cierro los ojos y te expandes
hacia una luna de alquitrán;
cierro los ojos y me anegas
en otras aguas de más allá.
Abres tus piernas de bahía
y me convidas a zarpar.
Ya no es posible resistirte,
por ti me voy, por ti se van
los melancólicos a acostarse
en las arenas de la mar.

INVOCACIÓN A LA VIEJA RIMA

¡Señora de los sastres, son del loco,
a contrapelo de lo que dirán,
te invoco!

Venga a nos tu silvestre participio
y, a falta de mejor don o milagro,
danos tu vino amargo, tu pan magro,
espántanos la abulia con tu ripio.

Suelta la sierpe que tu cuerpo enrosca
y las madejas de tu oscuro rostro,
abre tu cola de marino mostro
y háblanos otra vez en lengua fosca.

Suenen los golpes duros de tu aldaba
y el secreto rumor de tus ensalmos;
ponte el sombrero de los trucos almos,
y acomoda las puntas en tu aljaba.

Muéstrese el esqueleto de tus números,
tu exacta cantidad, tu aquel ligero.
Entre todas tus cifras, sume el cero,
entre todos tus huesos, brille el húmero.

Más puedan tus milagros de tahúra
que los prodigios de una virgen muda,
y más tus cuentos de solar, bocuda,
que el cruel silencio de la piedra dura.

Baje tu lengua de pentecostesa
a acariciar el petalón reseco;
bésenos, como antes, con su eco
tu boca desdentada de princesa.

SÍNSORAS

Cuando muera, iré a la calle de la Cruz.
Bastará este deseo de viandante
y la eficacia del atardecer.
Iré a esa calle que de cielo a cielo
parte en dos la ciudad.
Sabré la cifra de sus adoquines
y por qué su inclinada geografía
me devuelve a Lisboa, a Éfeso,
a cierta esquina de Valparaíso
o a otros puertos translúcidos, sin nombre.
Bajo un paraguas, que nadie me verá,
descenderé silbando hasta la Dársena
donde fondea una barcaza oscura.
En las aguas pesadas y oleosas
habrá restos flotando a duras penas
y unos ojos exactos de aguaviva.
Será a la hora de soltar amarras.
A dónde iré cuando la noche caiga,
eso ya no lo sé.

AL BORDE DE LA CAMA

Sentada al borde de la cama, la muchacha
se despinta las uñas que se vuelven
color de la acetona, brillantes, inocentes,
color de que nada ha sucedido.
Está sola en un cuarto sin lámpara
y pende la bombilla con halo de manzana original.
Se ha frotado los labios que se vuelven
color de espejo roto.
Con un poco de crema y de nostalgia
se despinta los párpados, la voz
que se le espesa color del otro día.
Doblada como un cisne en el exilio
se despinta los senos, las pestañas,
las cejas que le inventan un arco de ilusión.
Está sola en un cuarto rodeada
por motas de algodón multicolores.
Triste como un cuadro de Renoir.
Cuando hala el cordón de la bombilla,
el mundo se despinta por completo.

MUJER CON LLUVIA

Todo es lluvia y de pronto
una mujer avanza entre la lluvia.
Sortea cada bache
con breve pie de pájaro aterido.
Peinados contra el frío los cabellos.
La falda entre sus muslos
amparándose.

Avanza contra un fondo
lluvioso de paredes.
El fuego del relámpago,
el trueno la apresuran.

Camina ajena al signo interrogante
que orla su traje al viento,
ajena a los misterios que salpica
su paso por la lluvia.

¿Qué la trae, qué la lleva, de qué rayo
procede su energía?
¿Su nombre,
en qué aguacero?

¿Su rostro,
en qué llovizna?
¿Qué amada voz, qué urgencia,
hacia qué oído
los golpes de sus tacos se deslizan?

Amparada en la flor de la sombrilla
cruza:
es lo único vivo
en la muerte interina de la lluvia.